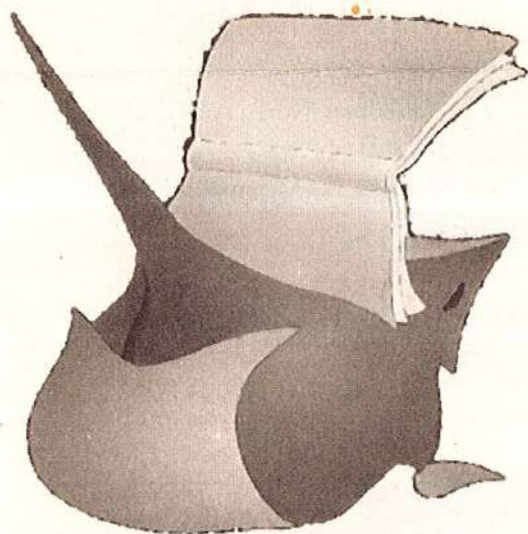


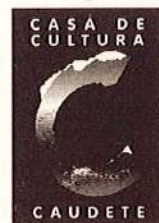
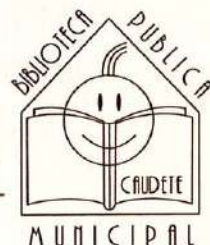
segundo
CONCURSO

Narrativa Joven

"EVARISTO
BAÑÓN"



Organizan: BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL
y CASA DE CULTURA



Colaboran: COLEGIOS "ALCAZAR Y SERRANO", "AMOR DE DIOS",
INSTITUTO DE ENSEÑANZA SECUNDARIA y A.P.A.S.

Patrocina: CAJAMURCIA

cajaMurcia
OBRA CULTURAL

Premiados:

CATEGORÍA A

- 1º MOISES LILLO VICENTE
- 2º ALBA TORRES MARTÍNEZ
- 3º SILVIA ORTÍZ MARTÍNEZ

El Robot Emilio
Las amigas de Verónica
El lápiz mágico

CATEGORÍA B

- 1º ESTHER CARRIÓN NAVARRO
- 2º PABLO BAÑÓN NAVARRO
- 2º FCO. MARTÍNEZ CONEJERO
- 3º ELVIRA HERRERO SÁNCHEZ

Brillantina y Cielita en el
viaje a la Tierra
El pequeño Iván
El lucero de medianoche
Un sueño goloso

CATEGORÍA C

- 1º IRIS MARCO ÁNGEL
- 2º ANA SÁNCHEZ AMORÓS
- 3º ALEJANDRO CAMARASA MEDINA

El misterio de las cacatuas africanas
La semilla y la niña
Su símbolo

CATEGORÍA D

- 1º IGNACIO BAÑÓN NAVARRO
- 2º IGNACIO BAÑÓN NAVARRO
- 3º JESSICA E. TÁRREGA SÁNCHEZ

La isla misteriosa
El reloj de la torre
La pequeña Ka

CATEGORÍA E

- 1º ALICIA SANTA MARÍN
- 2º MIGUEL DÍAZ ROMERO
- 3º CLARA NUÑEZ VERGARA

Un pequeño recuerdo
Forastero
El secreto de la tía Sofía

CATEGORÍA F

- 1º VICENTA CLEMENTE MICÓ
- 2º TERESA GARCÍA HERNÁNDEZ
- 3º DESIERTO

Cuando me marché a cuba
Parece tan pura.....

CATEGORÍA ESPECIAL

- 1º JOAQUÍN PÉREZ FÉRRIZ

Barro puro

Segundo Concurso
de Narrativa Joven

"Evaristo Bañón"

PRIMER PREMIO
Categoría BBrillantina y Cielita
en el viaje a la Tierra

por ESTHER CARRIÓN NAVARRO

Hace unos cuantos años, en verano, un 19 de junio, una pequeña estrella nació en el espacio. La llamaron Brillantina.

Brillantina cuando era pequeña era una muy pillina, lo único que hacía era dormir y hacer trastadas; pero a las estrellas cotillas y no tan cotillas les llamaba la atención que Brillantina siempre estaba soñando. Soñaba despierta, soñaba durmiendo, soñaba desayunando, soñaba comiendo, soñaba merendando y soñaba cenando. Es decir siempre estaba soñando en cualquier lugar que estuviera y solo soñaba con bajar a la Tierra.

Cuando creció, Brillantina y su mejor amiga, que se llamaba Cielita, construyeron una nave estrellal para poder bajar a la Tierra y hacer amigos.

Después de darle los últimos retoques a la nave se pusieron a arrancar los motores. Las demás estrellas pensaban que estaban locas, otras que morirían en el intento de llegar a la Tierra. Brillantina y Cielita no les hacían caso y se fueron. Por el camino vieron a otras estrellas que les saludaban al verlas pasar.

Más tarde se encontraron con un montón de meteoritos, que se dirigían hacia ellas. Entonces Brillantina y su amiga sacaron las pinzas quita meteoritos, pero no sirvió de nada. Un meteorito gigantesco chocó con ellas y las impulsó hacia la Tierra.

Cayeron en el jardín de una niña llamada Ana. Ana al oír el ruido que las estrellas habían hecho al caer se asustó y salió corriendo al jardín a ver lo que pasaba. Ana al ver bajar de la nave a las estrellas se quedó atónita igual que las estrellas al verla a ella.

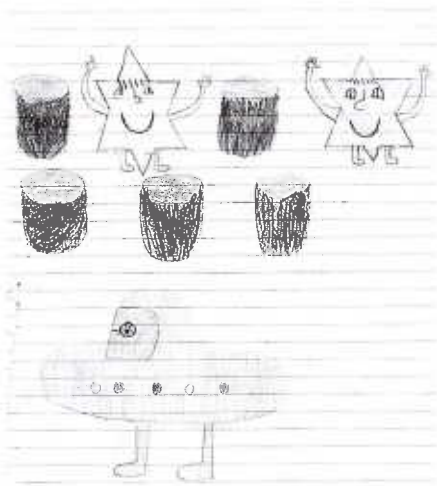
Después del atonizamiento, Ana les preguntó a las estrellas que si querían chocolate y ellas le respondieron que no sabían lo que era pero que lo probarían.

Ana preparó tres tazas de chocolate. Cuando Brillantina y su amiga lo probaron les encantó y quisieron repetir tres veces cada una.

Brillantina, Cielita y Ana se lo pasaron muy bien ese día, pero por la noche Cielita y Brillantina tenían que irse. Brillantina le dijo a Ana que volverían dentro de unos cuantos meses.

Un poco más tarde las estrellas se fueron con cinco barriles llenos de chocolate calentito. Cuando llegaron a donde ellas vivían, las que creían que estaban locas se arrepintieron de haberlo dicho, y las que decían que no llegarían se mordieron la lengua para no decirlo más. Al otro día Brillantina y Cielita se convirtieron en las más famosas de todo el universo, por su chocolate y por su valor de ir a la Tierra sin importarles lo que decían las demás estrellas tontorronas y cotillonas engreídas.

Colorín, estrellado, este cuento se ha acabado y por el espacio se ha escapado.



Las estrellas se fueron con cinco barriles llenos de chocolate calentito.

PRIMER PREMIO
Categoría EUn pequeño
recuerdo

por ALICIA SANTA MARÍN

Hace un año, cuando por casualidad encontré en casa de mis padres un viejo cuaderno de mi infancia y una caja de colores, por los que siempre sentí un especial cariño, revisando aquellos infantiles dibujos un montón de gratos momentos de mi vida pasaron por mi mente. Me invadió un gran deseo de ponerme a pintar de nuevo, a mi siempre me atrajo la pintura pero nunca me atreví a empezar.

Me decidí. Di el primer paso. Me compré todo lo necesario, lápices, pinceles, óleos, li-bros... y me puse manos a la obra. Empecé sin miedo. No se trataba de pintar como Velázquez o Goya. Quería expresar todo lo que me transmitían las cosas que me rodeaban, desde las macetas con geránios del balcón, a la apacible tranquilidad de la abuela dormitando en su sillón.

Con rápidos e inseguros apuntes, intentaba captar la fugaz sonrisa de mi hija de cuatro años, hasta que llegó el

momento en que, cargada con mis trastos salí al campo a pintar todos los paisajes que se mostraban ante mis ojos.

Parecía como si hasta ese momento me hubiese faltado un sentido. Los árboles, las flores, las calles, la gente... todo tenía un color propio. Había mil tonos a verde y los colores se antojaban todos diferentes, incluso la luz que lo envolvía, todo estaba lleno de matices que hasta entonces yo no había sido capaz de ver.

Con cada cuadro me encontraba más entusiasmada. Ahora mi casa está llena de cuadros y dibujos, y en cada uno hay atrapado algo de mí. Además, he encontrado un apasionante entretenimiento en el que la televisión y el aburrimiento han desaparecido de mis ratos de ocio.

Con el tiempo, descubrimos facetas de nuestra vida que antes nunca podríamos haber descubierto, es la forma natural de la expresión.

Cuando me marché de Cuba...

Un fuerte dolor de cabeza le asediaba. Las calles estaban desiertas y cubiertas de una espesa bruma que sólo dejaba entrever el amarillento resplandor de las farolas. Un frío inusual azotó de repente su cara al tiempo que un tremendo escalofrío le recorría todo el cuerpo. El frío ya incesante se agolpaba junto al ambiente que poseía la noche negruzco, asmático, opresivo, tenso- que simplemente hacía preveer un invierno no del todo maduro. Después de caminar durante unos quince minutos se sentó en un portal de una casucha medio derruida por el paso del tiempo, las condiciones climatológicas pero sobre todo, los incesantes asaltos de personas con aliento a Vodka y cara etílica de por vida; también era lugar para parejas adolescentes que tienen su primer amor o simplemente personas que intentan ocupar algo que no es suyo.

No observó el escombros que se agolpaba a su espalda; simplemente era una visión de todos los días; como su casa, el instituto y la anciana algo gruñona del tercero derecha. Una lágrima recorrió su mejilla. Comenzó a palidecer e intentó retener un gemido de dolor producido por una mala torcedura de tobillo. Cerró los ojos y puso la mente en blanco -o por lo menos lo intentaba-. De repente percibió pasos cercanos pero no sintió la necesidad de saber quien era; ella siguió con los ojos cerrados hasta que notó una respiración próxima, un aliento frío en la cara y en ese momento si abrió los ojos y comprobó que seguía estando sola. Aun así ella parecía estar sumida en profundos y fríos pensamientos. Pensamientos que quizá nunca pudo disipar. Los

días pasados habían marcado de verdad su vida aunque simplemente permaneció en su mente un sólo recuerdo aunque nítido de todo lo que había sucedido. Notó de nuevo un aliento pegajoso; inmune a los extra-largos caramelos de eucalipto. Y con tremenda pesadumbre abrió los ojos. Seguía sin haber nadie; aunque por un momento sintió la necesidad de volver la cabeza y examinar la imagen caótica que acumulaba en la retina diariamente. Impulsada por una extraña fuerza interior se levantó y por primera vez entró en aquella casucha quejumbrosa pero inerte.

Al pasar el límite de la puerta se encontró envuelta en un ambiente apagado, frío; roto por los sonidos del exterior. Mientras andaba notaba como los trozos de marmolita se agolpaban en sus pies constantemente. Analizó con interés la decoración general y algunos cuadros impresionistas que empapados por una capa inaccesible de polvo mantenía la incertidumbre de sus colores; aunque en uno de ellos alcanzó a ver una escena al aire libre y le hizo recordar la libertad que no tenía. Subió al piso superior con sumo cuidado y se introdujo en una de las numerosas habitaciones. Era bastante espaciosa; además contenía una antigua cama, un armario ropero, con escritorio y algunas estanterías con libros plagados de polvo. Como "Don Álvaro o la fuerza del sino" del Duque de Rivas o "El caballero de las botas azules" de Rosalía de Castro. Se acercó a la ventana e intentó abrirla para poder hacer la atmósfera mohosa algo más respirable.

Un sonido hueco le avisó de la caída de uno de los libros más

destacados en una de las estanterías. Era de Bécquer, posiblemente, el que más fama le dió -"Rimas"- . Mientras lo recogía reparó en una pequeña dedicatoria en la tapa junto a una antigua foto. De repente volvió a notar ese aliento pegajoso inmune a los caramelos extra-largos de eucalipto. Aunque su corazón se aceleró aun más cuando una mano fría y temblorosa rozó su hombro con una ya desaparecida fuerza. Se dió la vuelta y no pudo reprimir un grito mientras intentaba correr aunque sus pies se habían quedado inmóviles. Mientras; esa persona intentaba calmarla también a voz en grito y por fin lo consiguió gracias a una paciencia inusual en un mundo impaciente por vivir. Limpió las dos únicas sillas de la habitación y le invitó a sentarse. Siguió tranquilizándola aunque ella simplemente captaba el susurro de una voz apagada por los años. Esa persona de la que había temido era un triste anciano que "chupaba" un cigarro -arrugado y algo extraño- medio apagado. En esos momentos simplemente alcanzó a advertir su aspecto desaliñado; casi arapiento que le hacían parecer más senil. Físicamente era alto y delgado a pesar de su algo prominente barriga que bajo su tez morena escondía varias cicatrices en cara y brazos. Cicatrices en cara que dejaban ver unos profundos ojos duros aunque demasiado grandes en el conjunto de unas facciones muy marcadas, una nariz poco prominente y unos labios casi imprevisibles. Cicatrices en brazos atestados de pelos y manchas producidas por la inestable pigmentación de la piel. Sorprendido le dijo que hacía tiempo nadie se interesaba ni siquiera en entrar en la casa -al

parecer se habían cansado del lugar, tan poco apacible y plagado de trampas mortales por culpa de la incesante lluvia que había conseguido estropear más las paredes que a pedazos caían a cada instante-. Ese anciano al que nunca había visto en ningún momento por el pueblo era el dueño de la casa que hacía un siglo había sido de las más importantes. El anciano volvió a coger el libro que reposaba de nuevo en el suelo y lo abrió sonriente por la dedicatoria. Le enseñó de nuevo y con sumo cuidado la foto y le señaló a un joven de profundos ojos claros aunque demasiado grandes en el conjunto de unas facciones muy marcadas, una nariz poco prominente y unos labios casi imprevisibles; ese joven se encontraba junto a una enorme casa rodeada de saoformación boscosa- y junto al río San Diego. Por este hecho pudo saber que se trataba de Cuba. El joven posaba sonriente como si ninguna preocupación turbara su efímera tranquilidad. De repente y sorprendentemente el anciano guardó la foto entre el libro y lo colocó en la estantería. Se sentó de nuevo y con algo de melancolía le relató su pasado:

Nació en el pueblo, en la casucha medio derruida que hoy en día se había convertido en su morada. Sus antepasados pertenecían a la alta burguesía y tenían tratos de favor con la nobleza y por tanto gozaban de un gran poder político y económico. Aunque su mayor fuente de ingresos había sido las propiedades de tierra donde el cultivo de la caña de azúcar era trabajada por numerosos esclavos.

Se llamaba Pedro por tradición y de su primera niñez sólo

Concurso de Narrativa Joven

EVARISTO BAÑÓN



alcanzaba a recordar los constantes gritos de su madre cuando su padre regresaba del trabajo; tirando todo lo que encontraba a su paso. Nunca recibió de él ninguna mirada agradable, un beso o un rato para jugar con los incesantes juguetes que le traía de sus numerosos viajes. Se encontraba sólo en su burbuja de cristal, reducido en su propio mundo; que le hizo ser retraído y tímido. Aunque esto comenzó a cambiar cuando una nueva cocinera entró a formar parte de la casa y con ella se instaló también su hija Isabel. Pedro descubrió la única y verdadera amistad junto a ella. Fueron creciendo y Pedro cada vez más aborrecía la realidad que le rodeaba; descubrió lo amargada que vivía su madre; los constantes problemas que traía su padre a casa y que a su vez esto les hacía sentirse culpables de su propia existencia. El odio se iba apoderando de él mientras le obligaba a seguir unas normas de vida aparente hacia los demás y que le consolidarían un futuro. Pasaba largas temporadas fuera de casa y cuando volvía sentía como esa cárcel le arrebatava sus ilusiones; se convirtió en un joven muy intuitivo e inteligente que intentaba sacar el mayor provecho a su mala situación. Por aquella época la cocinera que años atrás se había incorporado al servicio junto a su hija murió dejando a esta en manos de los señores que la seguían manteniendo, y a la que profesaban un cariño prodigioso. Isabel compartía con Pedro sus proyectos en los ratos de soledad; donde también solían hablar de sus problemas y de los sueños que cada uno intentaba encontrar a lo largo de su camino. Era sincera, tolerante y emprendedora; no quería pasarse la vida

sirviendo a los demás y en sus ratos libres acudía a clases de gramática y escritura. Pedro aunque podía vivir el resto de su vida del sudor de otros finalmente decidió enfrentarse con su padre y le comunicó sus máximas aspiraciones; entonces criticó su forma de vida acomodada y la manera de manejar y utilizar a los demás. Los días siguientes se le hicieron insostenibles y decidió marcarse con 16 años y sin apenas dinero pero con tremendo pesar al tener que abandonar a su madre y a Isabel; en manos de un avaricioso, egoísta y egocéntrico además de alcohólico padre. El que hasta ese momento manejaba los hilos de su vida, como si se tratase de una simple marioneta. Y así su aventura le llevó hasta las costas de Cuba donde había una floreciente economía en desarrollo. Los primeros años fueron muy duros pero la idea de tener su propia empresa no cesó. Hasta que un día se unió a otros dos socios y crearon una sociedad limitada que comenzó a comerciar con tabaco a pequeña escala y que se convirtió en poco menos de seis años en una de las más importantes del país. El negocio iba viento en popa y pronto formó parte de la alta sociedad Cubana. En un principio cuando todo le iba muy bien escribía a su madre y a Isabel los proyectos que tenía en mente -aunque como en el cuento de la lechera se rompieran- y el éxito que había llegado a alcanzar. Poco a poco las cartas eran cada vez menos extensas y limitadas. Pero la gota que colmó el vaso fue la muerte de su madre sufriendo terribles dolores mientras su padre se encontraba en la ciudad con otra mujer. Cuando recibió la noticia se derrumbó y comenzó a proyectar en su mente

la venganza contra su padre al que simplemente le tenía un fuerte rencor, se convirtió en un hombre avaricioso, egoísta, egocéntrico, además de alcohólico. Comenzó una vida bohemia que le hizo construirse de nuevo en una burbuja de cristal y esconder a ese niño pequeño que volvió a enseñar su lado retraído y tímido. Dejó de lado sus obligaciones; le dió la espalda al mundo y el mundo se la dió a él. Y definitivamente dejó de escribirse con el único lazo que le unía a España; Isabel. Aunque esta nunca dejó de comunicarle las nuevas noticias en los dos años siguientes: su padre se había arruinado y la casa familiar estaba plagada de deudas, y había contraído la tuberculosis poco después de que Isabel se fuera del pueblo y se casara con un maduro escritor y periodista de un periódico nacional. La última noticia fue un pequeño telegrama donde le comunicaba que su padre había fallecido y tenía que asistir a la lectura del testamento. Nada más recibir la notificación inició de nuevo el viaje a España dejando atrás un pasado desolador para enfrentarse con su propio futuro. Cuando llegó se dió cuenta que en doce años el pueblo no había cambiado. Isabel lo esperaba junto a su esposo en la entrada, los demás beneficiarios; un total de dos personas se encontraban en el interior de la casa. Estaba muy cambiada parecía tener diez años más gracias a la nueva expresión de su triste rostro. Por un momento se miraron y sintieron el dolor que les había rodeado. Cuando el notario terminó la lectura Pedro montó en cólera. No le había dejado la casa que legalmente le pertenecía; simplemente le dejó una carta. En esta su

padre le explicaba que él había sido un pobre huérfano que adoptaron a los pocos meses de edad después de que perdieran a su único hijo biológico nada más nacer. Pedro entendió por un momento todo el odio que su padre le había tenido... En ese momento el anciano fatigado dejó la habitación no sin antes decir unas palabras: "Soñaba, sí, soñaba. Soñaba con un páramo verde; un páramo donde todo se alejase de la realidad, de la vida, de la eterna represión, del odio, del rencor, un páramo, sí, un páramo. Un aliento pegajoso, inmune a los extra-largos caramelos de eucalipto azotó su cara; abrió los ojos y se encontraba sentada en el portal de la casucha medio derruida mientras que sostenía el libro de Bécquer que tenía una dedicatoria junto a una foto. Aunque más asombrada se quedó cuando descubrió que en esa casa se había producido un incendio intencionado en una noche de 1882; y en él había muerto Pedro; desheredado y borracho, no había podido superar su propia existencia. Sorprendida de lo ocurrido leyó la dedicatoria antes de abandonar el libro en su lugar de origen: "La vida nos persigue, tenemos que tener presente el hoy y no el mañana; recuerda que finalmente llegarás al páramo..."

I PREMIO
CATEGORIA F
VICENTA
CLEMENTE MICO

Concurso
de Narrativa
Joven



EVARISTO
BAÑÓN

El robot Emilio

Erase una vez un robot que se llamaba Emilio, vivía con un niño que también se llamaba Emilio.

El robot era generoso, rubio y siempre llevaba zapatos negros. Pero un día la mamá tropezó con una piedra y se cayó encima del robot Emilio.

-¿Mamá que le ha pasado al robot?

-Se le han salido las pilas.

-¿Por qué?

Porque tropecé con una piedra y me caí encima del robot y entonces se le salieron las pilas.

El niño se puso triste y comenzó a llorar. Por la noche no se podía dormir hasta que llegó su madre y le dió una manzanilla y se durmió. A las doce y media se le apareció una hada y le dió vida al robot. El robot iba al colegio, jugaba con todos no se peleaba y le dió al niño un lápiz mágico que escribía letras de oro.

El lápiz era de colores y parecía un gusano.

-¿Es un gusano?

-No, es un lápiz.

Cuando el niño escribía con el lápiz mágico siempre sacaba un 10. Pero un día se le perdió el lápiz y sacaba peor nota y al robot ya no le quedaban.

Un día en el patio se encontró un gusano de colores que parecía un lápiz mágico y lo cogió y empezó a escribir pero como era blando no podía escribir y entonces el niño decidió estudiar más y trabajar más para sacar buenas notas y no recurrir al lápiz mágico.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

I PREMIO
CATEGORIA A
MOISES
LILLO VICENTE

y...
digo
yo

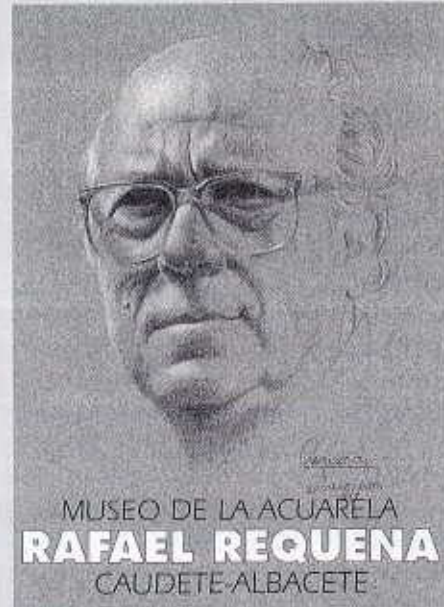
...viene de "LA VILLA",
número 15, octubre 97, página 5.

¿No parece el paseo de Caudete,
más paseo sin el ARTEFACTO?

GRACIAS,
en nombre de muchos caudetanos.

JRequena

MUSEO DE LA ACUARELA "RAFAEL REQUENA"



El Museo "Rafael Requena" surge del anhelo de todo un pueblo por tener cerca de sí las creaciones de sus artistas así como de disfrutar de las obras y corrientes culturales del momento. Una idea que viene fraguándose desde hace tiempo y encuentra su acomodo físico en los bajos del auditorio, pretende ser un espacio abierto a las corrientes artísticas, donde la cercanía permita revivir las obras que en él se van a poder contemplar. Situado en la calle Las Eras, 31, y dentro de un edificio, moderno y funcional, este museo pretender acoger en un espacio, la donación de parte de la obra del gran acuarelista Rafael Requena, también esta contemplado la de acuarelistas generacionales de talla nacional e internacional y de la localidad.

"Requena pinta acuarelas a golpe de pincel, de corazón, de sentimiento, de ternura, de inteligencia y de poesía".

Flaker. "El noticiero Universal".

DATOS TÉCNICOS:

MUSEO DE LA ACUARELA "RAFAEL REQUENA"

C/ LAS ERAS, 31

DÍAS DE APERTURA: DE MARTES A DOMINGO

HORARIO DE MARTES A VIERNES:

TARDES DE 07:30 A 09:30 HORAS

HORARIO DE SABADOS:

MAÑANAS DE 11:30 A 13:30 HORAS

TARDES DE 19:30 A 20:30 HORAS

HORARIO DE DOMINGOS:

MAÑANAS DE 11:30 A 13:30 HORAS

(Se podrán concertar visitas guiadas a diferentes horarios)

EL MUSEO "RAFAEL REQUENA"
SERÁ INAUGURADO PROXIMAMENTE

Primer Concurso de Narrativa Joven

“Evaristo Bañón”

CATEGORÍA ESPECIAL

Barro puro

por JOAQUIN PEREZ FERRIZ



Ella no respondió. Es verdad que era poco habladora, que ya estaba mayor; pero aquel día parecía encontrarse parca en palabras. Bueno, da igual, pensó él, en un viaje importa más la mera compañía que la conversación, que a veces (a todos nos ha ocurrido) puede ser cargante.

Además, él, aunque viejo ya, era dicharachero; no le importaba tomar las riendas de la conversación y amenizar el trayecto hasta el destino.

-Abrígate, querida, hoy hace frío y hasta creo que está nevando, bueno, si el viento deja cuajar la nieve. ¿Cuándo es la última vez que vimos nevar, fue en el pueblo de tu madre? Hace tanto tiempo. Aquello sí que era una nevada. Aprovecha y no te pierdas esta.

El se vistió como siempre que salía a trabajar al campo, con gruesa ropa de pana y guantes de piel recurrida y sobada por el tiempo y el trabajo: “estos guantes están haciéndose viejos, como yo”, pensó con sorna.

Del cuarto de los trastos sacó el desvencijado carro de mano, pero esta vez no se molestó en engrasar sus ruedas, como en otras ocasiones que lo había utilizado para llevar a casa los barriles de aceite desde la almazara del pueblo de al lado. “No creo que los chirridos de las ruedas molesten a nadie”.

Enfiló con su mujer la calle empujando el carro y con paso vacilante se dirigió al camino de la alameda, tantas veces recorrido.

-Ya estamos viejos para estos trotes, ¿verdad querida?



Ella ni asintió ni negó, así que él pensó aquello de que el que calla otorga y prosiguió su soliloquio.

-¿Sabes lo que pienso? Que hemos estado encerrados aquí en este pueblo toda la vida trabajando como mulos y nos hemos perdido muchas cosas. ¿Y total para qué? No hemos hecho dinero, todo lo más comer todos los días (que no es poco) y tener la casa decente. Bueno, sí, y los chicos han podido estudiar en la ciudad y montarse la vida allí. Y tan montada la tienen que ya no se acuerdan de nosotros.

-¿Que no les critique? No, si yo sólo digo que el año pasado no vinieron ni por Navidad, con la excusa de que las carreteras estaban heladas y era peligroso conducir. Pues mira tú y yo con este condenado frío que hace hoy, por aquí, en medio del campo, al raso, y yo empujando el carro de mano.

Como a ella nunca le había gustado que se metiera con sus hijos, él cambió el tema de la conversación:

-¿Te acuerdas de cuando nos enamoramos? Yo acababa de llegar de permiso desde Melilla. Me había enganchado a La Legión y venía al pueblo orgulloso y machote luciendo mi traje de legionario todo lleno de cordones y escarapelas, y con mi gorriño de borla roja ladeado en la cabeza. ¡Viva la muerte!, ¡Viva La Legión!... Ah, que tiempos...

No me digas que no te impresioné con mi cuerpo robusto y renegrido por el sol de África y mi chulería al andar... Creo que por entonces el hijo del boticario andaba tirándote los tejos, ¿no es cierto? No, no, no lo niegues, ¿o por qué crees que le di la paliza que le di detrás de la iglesia? ¡Hombre!, tenía que demostrar que era más macho, ¿no? Y además, tú qué ibas a hacer toda la vida con ese mercachifle. ¿Que heredó la farmacia y luego se compró un coche? Bueno, ¿y qué? Qué tipo de hombre se deja arrebatar a la novia y luego a la mujer. ¿O es que ya no te acuerdas cuando su mujer se escapó con el joven

maestro suplente que vino a reemplazar a Don Arturo cuando cayó enfermo? Sólo fueron dos meses, pero en ese tiempo la sedujo y se la llevó. Y eso que sólo llevaban dos meses de casados. Así sería él, ya me entiendes... Porque yo he cumplido, ¿o no?; y no me refiero únicamente a los dos hijos... Ven-ga, venga, ahora no te pongas vergonzosa.

Estaban llegando ya cuando él creyó conveniente rebajar los humos, pues aunque su mujer no había replicado, algo le decía que no estaba del todo conforme con las comparaciones, que como se sabe, siempre son odiosas.

-Bueno, es verdad que mi trabajo no es el mejor del mundo ni en el que más se gana, pero es tan digno como cualquier otro y además no nos ha faltado nunca pan, porque aquí no se cierra en todo el año.

Habían llegado. Con visible esfuerzo, pero con sumo cuidado y ternura, deslizo al frío suelo el oscuro ataúd, cuya tapa comenzaba a blanquear por la nieve, y lo depositó junto al hoyo cavado en la tierra húmeda.

-Además -añadió- uno tiene sus privilegios, ¿no te parece un lujo que gracias a que soy el enterrador pueda darte sepultura aquí, en esta parte del cementerio, que es la de los señoritos del pueblo?

Ella no contestó, pero parecía conforme mientras él descargaba sobre la caja paletadas de tierra fresca y olorosa glaseada de nieve.